

# En el centenario de D. Luis Alonso Luengo

**Luis ALONSO LUENGO**

*(Parte del artículo publicado en TIERRAS  
DE LEÓN, número 44 y tomado de la  
separata publicada el año 1981)*

## CHARLA EN EL CAFÉ

Eran los días de la Segunda Guerra Mundial. Gerardo Diego, que poseía una finca en el Sur de Francia (su esposa Germaine es una muy notable profesora francesa) a la que iba a veranear todos los años, aquél había desistido de hacerlo por estar la zona ocupada por los alemanes.

En el Café Lyon, de Madrid, -frente a Correos- donde teníamos aquella diaria, inolvidable tertulia que, presidida por D. Manuel Machado, congregaba, además de a Gerardo, a Luis Rosales, a José María de Cossío, a Leopoldo Panero, a Dionisio Ridruejo, a Luis Felipe Vivanco, a Ricardo Gullón, a José Suárez Carreño, a José María Alonso Gamio, a Pepe Escassi, y que desembocó en las deliciosas reuniones literarias de "Musa Musae", Gerardo, un día de junio, mano a mano conmigo, pues habíamos llegado los primeros a la tertulia, me mostró su preocupación porque no sabía a donde ir a pasar el verano con su numerosa familia.

Meditativo, los ojos clavados en no sé qué lejanías, luego de aquel parpadeo nervioso que a veces acompañaba a su palabra como subrayándola cuando era trascendente; cruzados los brazos sobre las piernas, en una actitud muy suya, me interrogaba ahora en silencio con su largo rostro inmóvil.

Yo tenía la taza de café en el aire, cami-

no de los labios. La posé en la mesa y dije una sola palabra:

- Astorga.

- ¿Tú crees? -me respondió saliendo de su abstracción, sacudiendo de nuevo los párpados y casi cerrando los ojos.

-Astorga -le repetí-. Es el sitio donde encontrarás lo que, en este momento, a tu espíritu y a la salud de los tuyos conviene. Paz, aire limpio, sano, del Teleno, sólo turbado por el sonar de las campanas; jardines sobre las viejas murallas con sinfonía de pájaros y cielo azul; amigos no estrepitosos pero sí cordiales; y, como complemento, historia y arte. ¿No es todo eso lo que inconscientemente deseas?

Replicó rápido:

- ¿Cuándo podemos ir?

- En cuanto encontremos un acomodo adecuado para lo que necesitas, que los hay.

Y así fue cómo Gerardo Diego recaló en Astorga por aquellos años en que Europa ardía en guerra.

## EL JARDIN DE ASTORGA. EL PALACIO DE GAUDI Y LA CATEDRAL

Después de una temporada en el acogedor Hotel Moderno, hubo suerte con la casa. Amplísimas salas con cuadros antiguos, bargueños, miradores, galerías y jardines que, prolongando sus patios, se posaban sobre la muralla astorgana oteando un paisaje evanescente como de austera tabla primitiva.

D. Rodrigo María Gómez, su dueño -letrado y barbado caballero-, la cedió amablemente en arrendamiento. Y cuadraba toda ella con el ambiente severo, traslucido, casi mágico, de la ciudad.

Para mí fueron unos meses de delicia, los que disfruté de la compañía de Gerardo en aquella atmósfera de viejas piedras catedralicias -que siempre fue la mía- y en la que Gerardo se sumergía ahora en plenitud; de murallas y flores, con el Teleno siempre al fondo, recortada su cónica nieve sobre un azul purísimo.

Era una vida tranquila, monótona, si queréis, pero llena de serenidades.

Mañanitas del jardín de la ciudad -todo un frescor de centenaria arboleda brotando de la muralla- mientras Germaine -la esposa de Gerardo- y Anita -la mía- charlaban en el corro de la tertulia femenina, y nuestros niños corrían por la glorieta, y Elenita -la niña mayor de Gerardo- iba coloreando sus mejillas en aquel aire sanísimo, bajo la media sonrisa -tan bella, tan delicada- de su madre Germaine.

A prima tarde, después del almuerzo, el café en el Casino -Gerardo fue siempre un impenitente cafetero- Y, tras la charla rendida sobre tantas y tantas cosas, paseo por la ciudad.

Lo primero -¿cómo no?- la visita a la Catedral y a su museo.

Y a hundirnos y envolvernos entre las piedras blancas del palacio encantado de Gaudí.

Un día, por las salas y pasadizos de aquel cuento de hadas de algún Walt Disney arquitecto que viniera, para levantar sus torres y fosos, desde Cataluña. Elenita, la hija de Gerardo, se nos perdió. Germaine, su madre, que venía con nosotros, la buscaba llamándola. Por fin apareció.

- ¿Dónde estabas, Elenita?

Y la niña, con ojos muy abiertos y asustados:

- Buscando la habitación de Blanca Nieves.

Y poniendo la cara muy triste:

- Pero no la he encontrado, ¿dónde está?

Otro día, desde las torres del Palacio, mientras las cigüeñas nadaban en el azul sobre nuestras cabezas. Gerardo, contemplando la torre, mucho más alta, de la Catedral, me dijo:

- ¿Quieres que subamos allá arriba del todo para contemplar bien el paisaje?

Y allá fuimos, por el estrecho caracol de la torre, palpando con los pies en la oscuridad, escalón tras escalón. Llegamos al piso de las campanas, envueltas en el aire que circulaba por los abiertos ventanales trascendidos de paisaje. Yo nunca había pasado de allí. Bajo la "Campana María" en el interior de cuyo inmenso bronce -que suena solemne con el "toque de oración" para la mañana y la tarde- es fama que pueden coser juntos, sin tocarse, tres sastres extendiendo y recogiendo sus brazos en la costura, oímos el *revibrar* de la campana: la música finísima del viento chocando con las concavidades del bronce, que allí tiene resonancias suavísimas.

Pero Gerardo quería subir más arriba. Y, trepando por una escalera de mano, llegamos -él delante- al "chapitel" más alto de la torre, especie de linterna que la corona y sujeta la veleta que, como una aguja sutil, enhebra no sólo a Pedro Mato sino al amplísimo horizonte que desde allí se descubre.

Cuando bajamos, respirando tranquilos, la ciudad entera sabía que habíamos estado en lo alto de la torre -mucha gente nos había visto asomada a los balcones sin nosotros darnos cuenta-. Todos nos preguntaban nuestra impresión, pues hasta aquel punto solo había llegado alguna vez el señor Prudencio, el campanero.

- ¿Tienes *agujetas* en las piernas, Gerardo? -le pregunté-. Y muy serio, dando señal de tu fortaleza alpinista, con la cara alargada, como tomada de un cuadro del Greco:

- Yo, no,

- Pues yo sí.